

tires que habian de glorificar á Dios con sus tormentos y con su paciencia, la multitud de fieles que reemplazaria abundantemente la Jerusalem incrédula, y creceria con la misma sangre de los mártires; ve los tiranos desarmados por la flaqueza del Evangelio, los césares convertidos por el oprobio de Jesucristo, los filósofos atraidos por la locura de la cruz; ve suceder la pompa y magnificencia de la Iglesia á la oscuridad de sus tristes principios, ceder en gloria propia suya la gloria de su Hijo, y ser su culto el recurso de mayor consuelo á la piedad de los fieles.

Del mismo modo una alma justa que está para morir, descubrirá con consuelo todas las razones de la divina sabiduría en orden á los sucesos de su vida; entonces empezará á ver las secretas conexiones que aquellas desgracias, aquellas aficciones, aquellas circunstancias molestas en que casi siempre vivió, tenian con su santificacion eterna; entonces manifestándosele anticipadamente el orden de los eternos decretos para con ella, verá que en todo habia sus razones y sus utilidades en los caminos por donde la mano de Dios la habia guiado; que sin saberlo ella todo cooperaba á su salvacion, que aun las contradicciones que oponian á su piedad eran misericordias de Dios para con ella; que la malicia y perfidia que habia experimentado de parte de aquellos mismos que la debian una inviolable fidelidad, no era mas que un medio de que se valia Dios para purificar su fe; que aquellos sucesos tan tristes que al mismo tiempo que trastornaban su fortuna parecian ser tan funestos á la religion, no eran mas que caminos secretos y seguros por donde Dios queria santificarla; que la divina justicia sacrificaba pueblos y reinos enteros, que los entregaba á un espíritu de error y de rebelion, que los sacrificaba, vuelvo á decir, á su seguridad y á su santificacion par-

ticular; verá que la propagacion del cisma y del error, que tanto habia contristado su celo y su piedad, servia para fortalecer en la fe á un corto número de almas justas, que vivian en medio del contagio sin inficionarse; que los males de la Iglesia, por los que ella lloraba, contribuian á su gloria y á su triunfo; y finalmente, que cuando parecia que no oia el Señor los deseos de su corazon, los cumplia de un modo mas glorioso para la fe y mas útil para su salvacion.

Pero, ¡ah, católicos! miramos al presente la oscuridad en que viven las almas justas, su separacion del mundo, de sus ideas, de sus pretensiones, de sus esperanzas y de todo lo que aviva las pasiones humanas, lo miramos como una vida abatida, inútil y ociosa; miramos las obras de misericordia y los santos cuidados, que son sus mas importantes ocupaciones, como piadosas inquietudes, consagradas por la viveza ó simplicidad de su celo. Pero en aquel último instante, cuanto hubiéremos hecho mas sobresaliente por el mundo nos parecerá locura y puerilidad; las acciones célebres que tanto habian admirado los hombres, las empresas gobernadas con tanto secreto y prudencia, las victorias, los sucesos felices, los talentos eminentes que nos hicieron representar tan gran papel en las historias, todo esto lo miraremos entonces como unas pueriles escenas y como juegos de niños; toda nuestra vida nos parecerá una continua niñez; cuanto hemos padecido por el mundo, los cuidados en adquirir una vana reputacion, los esfuerzos para llegar á ella, las condescendencias, los abatimientos que tanto costaron á nuestra soberbia, los respetos á nuestros jefes, que tan pocos gastaban con nosotros; de todos estos trabajos no nos quedará mas que el inútil pesar de haberlos perdido. Veremos que todos nuestros deseos y

cuidados no tenían mas objetos que unas fantasmas; que corriamos como locos tras un humo que se desvanecía, y que aun el cumplimiento de nuestros deseos hubiera sido la mas terrible de nuestras desgracias. Entonces nos diremos á nosotros mismos: ¿Era menester fatigarnos tanto para no hacer nada? ¡Ah! ¿era menester pasar una vida tan penosa para no hallar al fin mas que el pesar de haberse engañado y de parecerse á los que con grandes fatigas han seguido un camino errado y solo lo advierten cuando les faltan las fuerzas y no tienen tiempo para buscar otro nuevo? ¿por qué no empleariamos mejor nuestros cuidados y fatigas? Los favores de la tierra se han alejado de nosotros á proporcion que corriamos tras ellos; para conseguir los favores del cielo y los bienes eternos bastaba el desearlos.

La última amargura de la vida de María en la tierra fué una amargura de deseo. Principalmente despues que su amado Hijo dejó al mundo, todos los deseos de su corazon le siguieron en la morada de la eternidad; no volvió á mirar esta vida mortal sino como un largo y triste destierro, y separada del único objeto de su amor, todas sus ansias, todos sus pensamientos, todo su corazon estuvieron en el cielo. De este modo, extranjera en la tierra, oculta á la vista de los hombres, desconocida del mundo, decia continuamente como la Esposa: ¡Oh tú, querido de mi corazon! manifiéstame dónde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos. Continuamente, como el profeta, se quejaba de lo que duraba su peregrinacion; sin cesar decia como él: ¿Cuando iré, ¡oh Dios mio! á vuestra eterna morada, y cuándo me presentaré delante de la cara de mi Señor? Muerta á todas las criaturas, mas unida á su Hijo con los continuos y vivos esfuerzos de un corazon que sin cesar se elevaba hácia el cielo, que á la tierra con los débi-

les lazos que aun la detenian en ella; despedazada, por decirlo así, con el rápido movimiento que continuamente llevaba su alma hácia su Señor, y por el peso de un cuerpo terrestre que aun la detenian en este mundo, moria todos los dias de amor y de tristeza, y la vehemencia de sus deseos, que era la mas perfecta de sus virtudes, era tambien la mas viva de sus amarguras.

Nosotros no conocemos hasta dónde puede llegar el exceso de esta pena, porque aun estamos ligados á la tierra con mil diferentes lazos, porque aun estamos unidos á todo lo que nos rodea; al mundo, á nuestros bienes, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestras dignidades, á nuestra fortuna y á nosotros mismos. No conocemos cuánto padece una alma que nada ama acá en la tierra, que solo vive para su Dios y que se ve obligada á vivir lejos de él en este lugar de lágrimas y tentaciones, expuesta continuamente á perderle y nunca segura de poseerle. Los disgustos de nuestra vida son disgustos de nuestras pasiones, son secretas inquietudes de nuestros delitos, enfados de un mundo que nos ha engañado, un fastidio de todas las criaturas de que hemos abusado, y un continuo buscarnos á nosotros mismos; nos cansamos de no hallar acá en la tierra nada que pueda hacernos felices, y quisiéramos encontrar entre los objetos sensibles que nos rodean, alguno en quien pudiera descansar nuestro corazon y que fuese capaz de fijarle y satisfacerle.

Aun entre las almas consagradas al Señor hay pocas que sientan la tristeza de este destierro y la distancia en que en él vivimos de Dios; sentimos la dureza de la cruz que es necesario llevar para ser discípulos de Jesucristo, sentimos las tristezas y amarguras de la virtud, pero no sentimos la privacion de los inefables bienes que ha preparado Dios á los

que le aman; no sentimos las tinieblas de una razon degradada de su dignidad, envuelta toda en los sentidos, y que no ve sino confusamente las luces eternas de la verdad, en la que consiste toda su dicha y excelencia; no conocemos la flaqueza é impotencia de una voluntad nacida para gozar de Dios, y que necesita de violentarse continuamente para defenderse del amor injusto de las criaturas y amar al Ser Supremo. En una palabra, no conocemos la oposicion de los deseos entre la ley de la carne y la del espíritu, que hace que la servidumbre del cuerpo sea tan molesta é insufrible al alma fiel; no cuenta nuestra piedad con aquellos sublimes principios de lágrimas y tristezas de los santos en la tierra, que forman propiamente el estado y vida de la fe, y es la razon porque con el nombre y apariencias de virtud están aún nuestros corazones unidos á la tierra. Nos ocupan aún mil cuidados extraños; mil conexiones frívolas dividen y debilitan aún el amor que á Dios debemos; mil errores que nacen de la flaqueza de nuestra fe nos hacen perder de vista las verdades eternas; y lo peor es que ahogada muchas veces la caridad con la multitud de amores injustos, apagado absolutamente el deseo de los bienes eternos entre tantos objetos de los sentidos que nos ocupan y á que estamos unidos, perdemos la gracia sin saberlo; estamos muertos en la presencia de Dios, creyéndonos aún vivos, y se ha entrado la muerte en nuestra alma sin que sepamos por dónde.

Pero el alma santa de María nada hallaba en sí que no viniese de la gracia; no tenia mas deseos que los del cielo, mas movimiento que para su Dios, mas alegría que en la esperanza de ver á su querido. Esta alma pura, cuyo corazón no estaba derramado, como el nuestro, en mil objetos vanos é injustos, y que estaba toda recogida en la cari-

dad, sentia toda la desolacion que inspira un amor violento cuando está separado de lo que ama. Por eso su muerte no es mas que el término de sus suspiros, el consuelo de sus tiernos afectos y el fin de todos sus deseos; halla lo que miraba como perdido, va á unirse con aquel querido Hijo á quien la malicia de los hombres, ó por mejor decir, las rigurosas órdenes de su Padre habian separado de ella; pero no solamente su corazón va á unirse con su amado, sino que no le queda nada que desear á su amor; su felicidad es entera y cumplida, su cuerpo no se queda esperando la redencion perfecta bajo el imperio de la muerte; adelántasele aquel feliz momento de la libertad que está señalado para los escogidos en el dia de la revelacion, y va á ver con su carne á su Salvador, que era su casto fruto. ¡Cuáles serian los consuelos de esta union, deseada por tanto tiempo! ¡y quién podrá explicar aquí los excesos amorosos del corazón de María á vista de su Hijo, glorioso é inmortal, adorado de los ángeles y de los santos, que la manifiesta las incomprendibles riquezas de su divinidad y de su gloria! Pero estos son unos secretos que jamás vieron los ojos y que no puede explicar suficientemente la lengua del hombre.

Lo que debemos contemplar, católicos, es que la muerte nada tiene en sí que no sirva de consuelo á una alma justa; solo la separa de lo que nunca habia amado, de un mundo que siempre la habia parecido lleno de molestias y lazos, de una tierra en que siempre habia vivido como extranjera, de un cuerpo á quien siempre habia aborrecido, combatido, crucificado, y que habia sido la materia de todas sus tentaciones y el motivo de todas sus penas; de todas las criaturas que al mismo tiempo que aliviaban sus necesidades las multiplicaban y agravaban su servidumbre;

se da la enhorabuena de haber despreciado unos bienes que van á desaparecer, de no haber puesto su confianza en los hombres, que nada pueden hacer por ella, de no haberse edificado una ciudad permanente en un mundo que va á perecer, y de no haber tomado mas medidas que para otra vida en donde no se mudará de condicion; toca por último á aquel feliz momento que va á restituirla su Señor, en quien solamente habia siempre puesto su confianza, á aquel momento que va á poner fin á una vida triste, mortificada, peligrosa y lúgubre, y á dar principio al dia secreto de la eternidad.

Sí, católicos, el verdadero secreto para hacer que la muerte nos sea suave y nos sirva de consuelo, es el desprenderse anticipadamente de todo lo que ella nos ha de quitar, el morir todos los dias á cada uno de estos lazos que ella ha de romper; el acostumbrarse á vivir solamente con Dios en medio de todas las criaturas que nos cercan, pues la muerte no es otra cosa mas que una eterna soledad del alma con Dios. Mucho mas muere el pecador, por decirlo así, que el justo; aquel muere á todo lo que le rodea porque á todo está unido. Cuantos lazos tiene necesidad de romper, son otras tantas muertes particulares que padece; muere á su cuerpo, en quien siempre habia idolatrado, muere á sus bienes y á sus puestos, que habian sido el único objeto de sus cuidados y deseos, muere á sus placeres, de quienes habia sido esclavo, á sus esperanzas, en las que confiaba, á sus soberbios edificios, en los que creia haberse fabricado una eterna morada; á todas las criaturas, pues todas servian á sus pasiones. ¡Qué dolor padecerá cuando le sea preciso romper de un golpe todos estos injustos lazos que aun la ligaban á la tierra! Padece mil muertes en una sola muerte; cada una de estas separacio-

nes lleva en su alma su nombre particular, y con razon dice el profeta que la muerte del pecador es la mas dolorosa y mas amarga de todas.

Feliz, pues, el alma que como María, muerta á todo desde mucho tiempo antes, no experimenta entonces otra cosa nueva mas que el placer de no tener ya que sacrificar á su celestial Esposo, y que habitando ya con el corazon en el cielo, no deja en la tierra mas que los ejemplos de una santa vida y la memoria de una preciosa muerte. Pero si la muerte de María fué toda llena de consuelos, que la recompensaron de las amarguras que habia experimentado durante su vida, tambien fué acompañada de una gloria que reparó los abatimientos que habia padecido en la tierra.

#### SEGUNDA PARTE.

Cuanto mas quiere el Señor elevar una alma á un grado sublime de gracia, de luz y de dignidad, tanto mas la abate y envilece á los ojos de los hombres, y como si tuviera envidia de que sus siervos brillasen con otro resplandor que el suyo, parece que solo pone su cuidado en despojarlos de la grandeza que da el mundo para hacerlos mas dignos de la verdadera grandeza, que solo es fruto de la justicia y de la santidad.

Los abatimientos que sufrió María en la tierra son prueba de esta verdad. Como los designios de Dios para con la Señora la preparaban la mas alta elevacion á que puede llegar una pura criatura, los caminos por donde la condujo á ella son caminos de abatimiento y oscuridad. Notó, pues, tres géneros de abatimiento en la vida de la Santa Vírgen; uno de privacion, otro de dependencia y otro de

confusion y desprecio; y digo que su asuncion al cielo la da hoy una gloria triplicada y proporcionada á los abatimientos de su vida mortal, una gloria de elevacion y excelencia, una gloria de poder y autoridad, y una gloria de veneracion y respeto; continuad vuestra atencion.

Cuanto mas se considera la vida de la Santa Virgen en la tierra, mas se descubre en ella una série continuada de privaciones que la mortifican y humillan; primer género de abatimiento. Ninguna criatura habia hasta entonces recibido del cielo títulos mas augustos y sublimes que esta santa hija de Judá; habia nacido de la sangre de David, el privilegio de su gracia se habia anticipado aun al de su nacimiento; era vírgen siendo fecunda; finalmente, la augusta cualidad de Madre de Dios realzaba en ella todos los demás títulos que tenia por el nacimiento y por la gracia, y con todo eso, ninguno de todos estos pomposos títulos se manifestó en ella mientras vivió en la tierra. Su nacimiento estuvo siempre oscurecido con su pobreza, la excelencia de su gracia siempre estuvo oculta bajo una vida simple y comun; la elevacion de su dignidad y el augusto título de Madre de Dios, estuvo como desmentido por la semejanza con los demás hombres que habia tomado su Hijo: la Judea la miró simplemente como á la Madre de Jesus Nazareno; en nada se distinguia de las otras madres de Juda; dejó á los hombres en la ignorancia de los grandes prodigios que en ella habia obrado el Señor; no cuida de desengañarlos y de descubrir las maravillas de Dios; sufre la privacion de su mayor excelencia y de la mayor gloria que puede comunicarse á una pura criatura; lleva con alegría esta privacion; no se la oye una palabra ni se ve una seña que pueda descubrir el secreto de su humildad, y contenta con vivir en esta privacion, solamente desea que

sea conocida la gloria de su Hijo y que se establezca su reino en la tierra.

De este modo con continuas privaciones preparaba la sabiduría divina á esta alma celestial para la gloria á que hoy se ve elevada; todo su cuidado habia sido el ocultarse á la vista de los hombres y confundirse con las demás madres de Israel, y parece que el único cuidado de Dios es glorificarla en el dia de su muerte y distinguirla con un privilegio singular, que habia de dar testimonio en todos los siglos de su augusta cualidad de Madre de Dios; su cuerpo puro y sagrado como el de su Hijo, no ve la corrupcion; la virtud del Padre la saca de entre los muertos; los cielos se abren para recibirla triunfante y gloriosa como á Jesucristo; sale del sepulcro rodeada de luz para tomar posesion de su gloria á la diestra de su Hijo, con la misma carne que ella le habia dado para abrir el cielo á los hombres; es colocada sobre todos los principados y potestades; es aquella arca de Israel, dice el santo obispo de Ginebra, que despues de haber estado algun tiempo en el desierto debajo de tiendas, esto es, en un estado oscuro y poco digno de ella, es por último introducida con pompa y magnificencia por el verdadero David en la Jerusalem celestial.

A la verdad, parece que Jesucristo no hubiera resucitado todo entero si una porcion de su carne adorable hubiera quedado sujeta á la corrupcion en la Santa Virgen María, y si no hubiera esta Señora participado del privilegio de su resurreccion gloriosa. ¿Cómo podia ser conveniente que quedase bajo el imperio de la muerte la Madre de aquel que era la resurreccion y la vida? ¿seria justo que una carne, de la cual se habia formado la víctima que venia á abrir el cielo á los hombres, no fuese introducida, en él inmediatamente? ¿que un cuerpo, preservado por una gracia